



Pedro García

VILLENNA, 1.º Noviembre 1909

Núm. 69

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA

ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre 0'30 peseta

Fuera 0'45 "

Número suelto 0'05 "

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal, número 12

NO EXISTE LA MUERTE

POR qué esa acumulación de gente en los cementerios el día 1.º de Noviembre de cada año? ¿Qué buscan esas muchedumbres?

Allí no está lo que anhelan encontrar. El sér querido no es el organismo putrefacto, destruído, que devuelve sus componentes á la naturaleza para combinar nuevas formas de vida, no. El sér que pasó por esta tierra, que fué nuestro compañero en esta existencia, sea como padre, como esposo, hijo ó hermano, que nos amó y al partir nos dejó desconsolados, no está en el cementerio. En aquel depósito de cadáveres que no recibe más que vestidos inutilizados por las almas que los gastaron, no está el *Yo pensante* que nos amó.

En presencia de los esfuerzos del materialismo que quiere hacer penetrar sus teorías destructoras en las almas, debemos afirmar solemnemente la belleza de nuestra creencia. En el cuerpo, organismo material, no existen las facultades de la inteligencia, del sentimiento y de la voluntad. Esas facultades forman el fondo del sér, son propiedades exclusivas del *Yo* espiritual que se sirve del cuerpo humano como de un medio de relación con nuestro mundo; pero que no confunde nunca su individualidad, su personalidad con ese mismo cuerpo.

La consecuencia lógica de las afirmaciones espíritas que han demostrado prácticamente ser la verdad, es que no es lugar propio el cementerio para la vida del alma libre de las trabas materiales, no. Cada sér espiritual, al desprenderse de su vestidura de carne, busca por regla general á los séres queridos con los que ha vivido

en la tierra, vuelve á su hogar en la mayoría de los casos, vive de la vida de los suyos, se interesa en sus luchas, tomando parte en ellas. Esta es la verdad.

El alma existe. Sobrevive á la destrucción del cuerpo que le sirvió para cumplir su misión en nuestro mundo; pero, no va á lugares determinados á recibir el premio ó el castigo de sus acciones, puesto que en sí misma lleva su paraíso ó su infierno.

Luego en los cementerios no están los seres que nos amaron, están en nuestras casas, busquémosles allí, haciéndoles ver que en nuestros corazones siguen ocupando el lugar suyo y sentiremos penetrar en nosotros un inmenso consuelo, lo cual nos demostrará su presencia, lo cual nos afirmará que está á nuestro lado el ser querido.

Además, si queremos darles pruebas materiales de que su recuerdo está vivo en nosotros, no gastemos nuestro dinero en cirios ú otras cosas por el estilo; lo que habíamos de gastar así, empleémoslo aliviando en su nombre las necesidades de nuestros semejantes, socorriendo y consolando á los afligidos, es decir, haciendo el bien en su memoria. Este es el recuerdo que más nos agradecerán.

En nuestras casas, continuamente á nuestro lado viven nuestras madres, nuestros hijos y hermanos desaparecidos. Nos alientan, confortan nuestro ánimo en los momentos difíciles de los que la vida está sembrada. Nunca nos abandonan.

¡Qué consuelo se desprende de la doctrina espiritista para nuestra doliente humanidad!

Las religiones positivas también afirman la existencia del alma, pero con un destino definitivo asignado á cada una según sus merecimientos, lo cual muchas veces viene á ser la separación de la familia, puesto que tras esta existencia, uno puede ir al infierno y otro al paraíso. El Espiritismo, destruyendo los errores fatales del materialismo, rectifica los de esas religiones y demuestra con la ciencia que no existe la gloria ni el infierno, por más que cada ser espiritual, cada alma, sufre á su llegada al espacio las consecuencias naturales y justísimas de sus acciones.

¡Cuánto consuelo brota de estas afirmaciones demostradas por la práctica!

¡Dios existe! ¡Dios es vida! En su obra grandiosa no puede haber más que vida: de la inmensa creación está excluída la muerte. La muerte ó sea, el acto de despojarse las almas de las envolturas terrenales para regresar al espacio de donde vinieron, no se resuelve para ellas *en un sepulcro, sino en una cuna*. En efecto, la desencarnación terrestre es un nacimiento para el espíritu que se desprende, cual oruga de su crisálida, para renacer mariposa.

Llegará nuestra humanidad á convencerse de estas augustas verdades, y entonces ya habrán concluído todas las fúnebres cere-

monías con las que señalamos la libertad del alma presa entre las garras de la materia y entonces, habrá menos egoísmo en nosotros y en vez de llorar por la partida de los seres que nos fueron queridos, bendeciremos á Dios por haber sonado para ellos la hora del fin de sus pruebas.

Afirmémoslo muy alto ante las almas tímoras, ante los espíritus débiles que lloran á lágrima viva lo que llaman la muerte del ser á quien amaron:

¡No existe la muerte!

Viven esos seres que pasaron por la tierra amándonos. Están en nuestras casas, viven en nuestros hogares. No los busquemos en el cementerio, allí no están. Llamémosles en la intimidad de nuestros corazones, evoquémosles. Ellos responderán, procurarán hacernos comprender que efectivamente están con nosotros y que no nos abandonan ni un instante.

Si en vida se preguntase á una madre en donde quisiera pasar los siglos inacabables de la eternidad, ella contestaría sin duda ninguna: Al lado de mis hijos. Pues bien, libre el espíritu después del desprendimiento de la corteza terrenal, ¿á dónde irá el de esa madre? A buscar á sus hijos, á seguir protegiéndoles en la medida de su poder, sin dejarlos jamás, pues no se puede admitir que la madre tierna y amorosa abandone á sus pequeños.

Pues lo mismo ocurre con todos los seres espirituales que regresan al espacio. Se separan de su envoltura tan pronto se ha cumplido la ley que los unía para los elevados fines de la vida y enseguida buscan á los suyos, vuelven al ambiente de su familia y allí viven sin sospecharlo siquiera la mayoría de los habitantes de este pobre mundo.

Afirmar esto y demostrarlo cual lo hace el Espiritismo es consolar al triste, es secar las lágrimas de todos los humanos.

¿Por qué llorar si el ser llorado está con nosotros?

¿Por qué las manifestaciones fúnebres en los cementerios, si allí no están los seres queridos que en apariencia nos dejaron?

¡No existe la muerte!

Vida es lo que sale de las tumbas. Miremos bien, observemos, estudiemos y llegaremos á ver cómo el ataúd se transforma en cuna lo mismo para la materia como para el espíritu.

MI DECÁLOGO

IV

RESPECTATE

El respeto propio atrae el respeto de los demás. ¿Cuál es tu

primer cuidado al levantarte diariamente? Ascar tu cuerpo y tu vestido. Haz, pues, lo mismo con tu alma, antes de presentarte á tu familia primero, á la sociedad después. Y así como antes de sentarte miras si el sitio que vas á ocupar está limpio para que tu vestido no se manche, antes de pronunciar una palabra, reflexiona si es *digna de tí*, para que pronuciándola no se manche tu reputación de seriedad y buena educación, verdaderas galas del espíritu. Huye, como de *focos de degeneración y de muerte*, de cuantos lugares infesten con vicios ó pasiones. Y, sobre todo, no te envellezcas viendo en tí ni en tu semejante á *la lestia* de uno ú otro sexo.



La Vida y la Muerte

En todo está la vida; en las ondulaciones del éter, en las vibraciones de la luz, en las cristalizaciones del rocío. Todo, todo lo que llena el infinito espacio, está impregnado con la savia que el Dios de las bondades ha esparcido por todos los confines del Universo. Todo lo llena el espíritu de Dios. Todo lo mueve su inmortal inteligencia; desde el más pequeño de los átomos que se agita en nuestro organismo, hasta el más gigantesco sol de los que gravitan en el espacio.

¿Por qué, pues, tembláis, mortales, cuando declina el astro de vuestra vida al ocaso?

¿Por qué, cuando os encontráis al borde del abismo de ultratumba, flaquea vuestro espíritu?

Lánzase en pos de un ideal el peregrino en la existencia y soporta los candentes rayos del sol del desierto que tuestan su frente y esterilizan su sangre, y cuando el oasis salvador se presenta ante sus ojos, le faltan fuerzas para llegar á él, desfallece, cae y muere entre aquellos arenales.

En pos de la gloria, el marinero se abandona en frágil embarcación á la voluntad de las opalinas ondas del océano; pero cuando su horizonte se cubre de pardos nubarrones, y la tempestad se desata furibunda contra su barquilla, le agobia la duda y naufraga, sin tener conciencia de que muy cerca de aquel lugar está la playa bienhechora.

Todos los hombres tienen la tendencia de luchar contra el destino; mas ninguno tiene la suficiente fuerza de voluntad, la energía precisa, la fe bastante, para hacerse superior á sus rigores.

¡Oh mortales! No vaciléis. Luchad con constancia por alcanzar la luz de la divina ciencia; no os arredre el peligro; no hay barreras insuperables. La fe y la caridad.

Victor Hugo

El ángel de la Caridad

EN una de esas tardes de invierno en que grandes nubes empañan el horizonte, en que las plantas, un día lozanas, permanecen desnudas, en que las calles tienen algo de ese aspecto abatidor que produce la inacción del tiempo, iban dos mujeres elegantemente vestidas, luciendo sobre sus espaldas ricas pieles, salvaguardia del rigor del tiempo, hablando en amigable conversación. Al extremo de la calle se pararon en una escalera de aspecto pobre, cuyo semblante anunciaba que la miseria había introducido allí sus tenebrosas alas. Penetraron en el piso y allí no encontraron la pompa de donde habían salido; en un rincón de un cuarto casi obscuro, iluminado por una vela, estaba allí exánime un cuerpo que al parecer era una mujer; su rostro reflejaba un estado de postración intensa.

Aquellas mujeres que habían entrado iban girando con la vista cuanto había por allí, cuando una de ellas se acercó á la enferma y le dijo: «Nos han dicho que usted se encontraba con mucha necesidad, pero vemos que aún tiene muebles para poder vender, y, además, aquel cuadro que está en la pared, bien podía haberlo vendido, porque los cuadros en un hogar pobre son un lujo». La enferma, que nada había dicho, balbuceando, respondió: «Señoras, todo lo que quieran venderé, hasta el último colchón que me queda; pero aquel cuadro, nó; él es el único compañero que me queda; de nadie tengo consuelo en el mundo; es el retrato de mi hijo; cuando lo miro, mis ojos se cubren de lágrimas; sí, es él; si está con la misma sonrisa de antes, si me mira con los mismos ojos. ¡Ah, señoras! yo no sé si ustedes son madres, pero yo sí que lo he sido; yo he vivido en esa vida del éxtasis que produce la sonrisa afable de un alma pura; yo he vivido al amparo de un sér querido; si al mirarlo en su retrato parece que sus ojos me recuerdan cuando al pie de su cama le cantaba canciones que nadie me había enseñado, porque cuando el corazón puede manifestarse es el mejor poeta; me recuerda también toda su niñez y su juventud y me recuerda también que un día sus ojos se cerraron para no volverse á abrir; sus labios ya no volverían desde entonces á besarme como lo hacían antes; pero, ¡ay! las madres somos los árboles

cuyos frutos son los hijos; yo di ya mi fruto y éste se cayó de mi seno, y cuando el fruto se pierda, el árbol ya ha terminado su misión; y ahora ya puedo morir, ya en un paso llevó á mi hijo de la cuna á la tumba. Por esto al mirar este retrato me vienen los recuerdos de ayer que me borran las tristezas de hoy».

Aquellas mujeres, creyendo que la enferma deliraba, cambiaron de conversación y le dijeron: «Bien; ¿qué no ha tomado usted el Santo Sacramento? porque si es que no se puede salvar el cuerpo, salve usted su alma». A lo que la enferma replicó: «El mejor sacramento que yo tomo son las miradas de mi hijo, es lo que me prometo con sus ojos y con la sonrisa de sus labios. ¡Ay! dispensen ustedes, las madres siempre somos lo mismo, madres y nada más; daríamos un mundo por una mirada de nuestro hijo». Y aquella mujer se dejó caer en el lecho, pálida, cadavérica, entrando en un período de lenta agonía.

Aquellas mujeres, después de despedirse, dejaron unas cuantas monedas en una silla y abandonaron la habitación, y bajando la escalera, dijo la una á la otra:

«¿Qué obra hemos realizado más meritoria!»

Y la otra respondió:

«Somos los ángeles de la caridad».

Si á humillar y no respetar los sentimientos de un alma, se le llama caridad y á sus adeptos ángeles, allá vayan ellos con sus obras de mérito. Seres que corrompen las virtudes haciendo de ellas una vanidad; conciencias embrutecidas al pié de los confesionarios, que en lugar de ser adeptos de una moral que propagan, se convierten en sectarios de un dogma misterioso. Tales son los que así practican la moral de algunas religiones.

Estos actos denigran á todo el mundo; á los que sólo viven por lo material, que su inteligencia no ha transpasado el vacío, estos actos les hace rebelar contra todo principio de moral.

Sólo cuando se ve algo superior á estas miserias puede uno comprender que son los efectos de ese fantasma del fanatismo religioso que tan atrasada tiene á la humanidad.

—¿Quién eres?

—Soy el ángel de la caridad.

—¿Tú, ángel? Ve á esconderte en aquellos lugares donde no se descubra que quieres ocultar con apariencias de virtud las responsabilidades de tu alma.

Luis Farrés.

Pensamientos

Disminuid el exceso de los deseos con arreglo á vuestras facultades y estableced una perfecta igualdad entre el poder y la voluntad y seréis felices.

* * *

Nadie se ha arrepentido de lo que se ha callado; no puede decirse lo propio de lo que se ha hablado.

* * *

La falta de armonía entre nuestros deseos y nuestras posibilidades, constituye nuestra miseria.



Las dos Morales

LA MORAL CRISTIANA Ó DIVINA Y LA MORAL SOCIAL

ESTA división no la establecemos caprichosamente, sino que en realidad existe y no van casi nunca de acuerdo. Es que la base de la primera es la virtud real y la de la segunda es la aparente. Para la sociedad, basta ser rico para que todos los que en posición les siguen, deseen la relación, aunque se sepa que el origen de la fortuna fué vituperable ó que prevaricó en tal ó cual empleo. Para la moral social todo lo cubre el éxito. Una joven, después de resistir las asechanzas de muchos, cae al fin engañada, porque su pobre condición es aprovechada por hombres sin sentimiento; las señoras que ningún riesgo han corrido y que asimismo no son muchas las que pudieran tirar la primera piedra, desprecian á la infeliz caída, abandonada por el seductor que se vanagloria luego de su triunfo y es alabado y tomado como modelo por sus compañeros. Y si el caso se llega á saber por las jóvenes de la alta sociedad, tal vez el hecho aboga en su favor; y si además maneja bien las armas y se bate por un quítame allá esas pajas, será doblemente anhelado por las señoritas casaderas. Tal vez dejó mal herido al adversario ó abandonó á la joven aquella con su embarazo, sabiendo que su hijo ó hija irá á la inclusa. ¡Qué importa! ¿se trata de una hija del pueblo! Y en lugar de escuchar los senti-

mientos nobles ó la oposición de la conciencia, se dice: Vamos á distraernos, al sport, al club y que allá se las avengan los que sufren. Pero si en lugar de proceder así, el joven, que valido de su posición perdió á una joven cuyos méritos, tanto personales como morales conocen debidamente, se dice: no quiero labrar su desgracia, no quiero que un ser que lleva mi sangre no sea atendido por mí, porque esto sería descender á más bajo nivel que el de los animales irracionales que se desviven por cuidar á sus hijos, y se casa, no merecería sino la mofa de los de su clase y tal vez no tendría la aprobación paterna. Tal es la moral corriente. La señora que, olvidando sus deberes, da que decir, pero da también recepciones y bailes, es rodeada de atenciones y si alguno ó alguna se atreve á decir algo, lo dirá de esta manera jesuítica: «Es increíble lo que se murmura de esta señora; pero no puede ser, nó, figurarse de que esto y aquello, cuando su marido es tan complaciente, no; ¡repito, es imposible! salvo que su marido sea un Juan..... pero, ¡quía! eso no puede ser».

¡Qué distinto modo de juzgar, si se trata de una señora de mediana clase, no digamos que haya faltado, pero á la cual ciertas apariencias la comprometan! ¡Aprovechándose de ello, la envidia engendrará la calumnia! ¡Ah, entonces es de ver cómo se acepta fácilmente el mal fallo y cómo se desprecia á la infeliz!

No seguiremos con lo dicho basta para daros una idea de lo que os espera en el mundo. *Y si queréis ser infelices, porque esos triunfos no son más que aparentes, podéis sujetaros á esa moral de baja esfera, fruto del atraso actual; pero si preferís la felicidad íntima, el aprecio propio, vuestro progreso espiritual, proceded con arreglo á los dictados de la moral cristiana que, como vulgarmente se dice: «hasta el fin nadie es dichoso» y ese fin es la vida del espíritu en el espacio, vida muy larga con relación á la que se pasa aquí bajo, que sólo sirve de preparación para entrar en aquélla.*

Felipe Senillosa.



El Centro "La Caridad,, participa á los lectores de este periódico que el día 1.º de Noviembre, á las ocho de la noche, tendrá lugar en el local del mismo una VELADA DE PROPAGANDA INFANTIL, á la que invita á sus hermanos en creencias de Villena y de la región.